

# Membranza

de los montes.

---

*Jose Sant Roz*

ULA-Mérida

**E**ste es un libro (quizás una novela) en cuya portada aparece una bella dama, de larga cabellera, joven, vestida de luto. El autor no ha querido colocar su nombre en la portada porque considera que lo que allí dice no le pertenece. No es su autor, sino ella, quien le dio la vida. Una edición de 1994, cuando aún su autor estaba vivo. Apenas si tenían cincuenta años. El título es "Membranza de los montes".

La dama parece esbelta. Debió ser esbelta. De mirada triste y serena. Pensándose. Escrutando la devoción por la tierra; quizás preguntándose por qué estaba aquí y no en otra parte. Su mirada dedicada a sus hijos. Delicada. Unos ojos de mirada infinita, mirando a sus hijos ya hombres. No es lo mismo. Los hijos se hacen hombres como todo. Sintiendo de los más hondo de esa mirada la horrenda soledad que impone el destierro (del divino vientre, lecho materno). Madre siempre. Hijo siempre, aunque quebrado por la ingratitud del olvido. No es olvido. Nunca se olvida lo que llevamos dentro. Otra copia de lo que se fue. En fin, esa finura de ella que nos mira y se apiada de ellos: "Mis pobres hijos, ¿qué será de mis pobres hijos. Hay algo de orfandad en la palabra «pobre». Por ello todos somos pobres diablos." Porque ellas lo saben todo. Han vivido ya por todos. Se han destrozado en la vida interior de sus pequeños: como una tragedia resumida de antemano en su corazón. Cuántas lágrimas congeladas en aquellos dulces besos que buscaban ser eternos. Una madre es mucho más madre muerta porque se nos desvela desde el vientre de todo de lo que somos y sere-

Esta dama, señora de todo, como ausente, muestra un delirio de cansancio en el rostro. Son los seres cansados de un sueño reiterado de pena. No se puede hacer nada. La nada sagrada lo somos todos, y sólo ellas lo entienden. No sabe uno cómo llegó aquí, y eso es lo que menos importa, aunque sin embargo, ellos me soñarán, yo sé que ellos me llevan en su alforja, y eso también duele. Es lo que más duele, que me lleven y ya no esté con ellos. Entonces se remonta el sueño más allá de lo que somos y la buscamos por una obra. Queremos salvarla con una obra. Sólo el arte podría hacerla eternamente nuestra. Y aquí está. Tan mía como Bernardo (Briceño Monzillo), el amigo que tengo ahora después de muerto que no me perdono el no haber conocido.

De esa vena poética y romántica, sensible y amorosa de los italianos que mi padre también tenía. Mi padre que lloraba ante un poema y como le costaba escribir parodiaba a los buenos que escuchaba o leía; que se conmovía hasta llegar al tartamudeo cuando oía música sacra en las iglesias. Mi padre músico y artista que fue talabartero. Descendiente de italianos.

Estas remembranzas de Monte Carmelo me son tan íntimas, porque soy yo recordándome a través de Bernardo. Allí están esas fotos en sepia (la vida es una foto en sepia) poéticas como la misma prosa, Bernardo: el romántico Domingo Monzillo con su esposa (tercera o cuarta) pintorescamente sufrida. Igual que mi padre autor de diecinueve partos en mi madre. Por fuera de su matrimonio mi padre tuvo tantos hijos como vacas de su potrero. Era insaciable como don Domingo. Poeta también como Don Domingo. Cuando mi padre entró en la oscuridad de la arteriosclerosis, volvióse también como Don Domingo, a cuanta criada se le cruzaba le pedía llevarla a la cama. Un reverberar de la muerte que es como al vientre de donde salimos: por el sexo.

Lo que llama la atención es ese choque de sangre de los Araujos con los Monzillos. Esta etapa de los caciques Araujos se ha ido olvidando por culpa de los veintocheros que a la postre nos impusieron al partido Acción Democrática. Los joven izquierda llegaba al escenario político del año 36 cargada de autosuficiencia y mostró desdén hacia los viejos luchadores que se habían enfrentado a Gómez. Le era necesario a los veintocheros hacerse su propio mito, y lo alazaron sobre un montón de mentiras. En palabras del terrible Silvio Ruiz, los Araujos constituían un clan integrados por hombres de valor, emprendedores y hazañosos, cuyos vástagos lograron relieve en la medicina y el foro. Fue gente que domeñó la tierra por el trabajo y el coraje que tenían, en un país sin industrias ni carreteras, sin orden económico alguno. Los Araujos compraron fincas y se adentraron con peones para dulcificar aquellos campos baldíos, oscuros y ásperos. Y siendo terratenientes

se enfrentaron a Gómez. Se alzaban cuando les apretaban las injusticias de aquel bisonte que no perdonaba a nadie, y por ello sufrieron ostracismo, saqueos y calamidades espantosas en sus propiedades. Cargaron con los grillos de sesenta libras en medio de toda clase de enfermedades. Así fueron los valerosos generales Juan Bautista, Eliseo y Federico Araujo, hijo y sobrino del temible "León de la Cordillera". En realidad gente positiva en medio de una tierra feraz y feroz. Protectora de mucha gente trujillana. Gracias a los Araujos, gente de bien pudo ser educada, y tuvo pan y trabajo.

Bernardo y Octavio se nutrieron sobre todo de los Monzillos: artistas y seremos. Con una nostalgia demasiado sobrehumana. Ese encuentro de una Monzillo con don Ramón Briceño Araujo, encendió de flores vigorosas la caliente tierra de Trujillo. Los niños José Manuel, Bernardo y Octavio eran poetas, lástima que se hicieran profesionales (lo mismo que me pasó a mí y a mi hermano Adolfo). La escuela y la universidad nos trituraron haciéndonos hombres serios y abúlicos. Para un Araujo tomar la pluma y expresar, enfermo, recluido en esa jungla de concreto que es Caracas (respirando el amor de su mujer que estaba en Monte Largo): *"Escribeme, viejita linda mía, para que me des razón de mi lindo Bernardo. Dímele a Octavito que todos los días se me salen las lágrimas por él... Yo también le pido a Dios que me deje sobrevivir unos años más para darle calor a mis tres claveles de hijos y a mi santa mujer"*. Un poeta atenazado por la metralla de la ingratitud y de la crueldad de la vida.

Hay un dominio extraordinario en la pintura de ciertos personajes que respiran maestría literaria a la altura de una Teresa de la Parra. Como un Vicente Cochocho se asoma el mayordomo Hermógenes, bañando a los niños, jugueteando con ellos, "con sus ocurrencias que me hacían reír en aquella soledumbre. Con él me sentía segura, pues, cierto o falso, tenía el prestigio de tener en su haber a varios, y a su lado, rondándolo, el espíritu de mi marido. Dormía en un rancho al lado del mío, siempre vigilante, pues a pesar de que en vida de Ramón tomaba mucho, desde que quedé viuda no volvió a probar el aguardiente, y se convirtió en el más fiel mayordomo, capataz y guarda y custodia de aquel monte". En ese Trujillo de entonces, terrible.

Al terminar el libro, me hundí en mis propios temores. Recordé a mis hijos. A mis hijos Andrés y Winston a quienes amo tanto, y a los que nunca les he podido expresar ni dar todo el amor que por ellos siento. En mi recogimiento, con el libro aún entreabierto en las manos, lleno de imágenes del pasado se me llenó el corazón de afecto por todas mis hijas, por Yamilca, Yurimar, María Alejandra y Adriana. Era yo mismo Matildita, la madre de Bernardo y Octavio que me conmovía por ellos, por todos. Mis hermanos, Bernardo y Octavio.